

RESEÑA

Sobre la esperanza de estos tiempos

Víctor Flores Olea, *Tiempos de abandono y esperanza*, México, CEIICH-UNAM/Siglo XXI, Editores, 2004, 216 pp.

Una idea-eje atraviesa los ocho capítulos del libro de Víctor Flores Olea que hoy reseñamos: la necesidad de una alternativa a la democracia liberal.

La propuesta central del autor deriva de una comprobación: no puede haber democracia ahí donde priva por encima de todo la globalización neoliberal, por las consecuencias intrínsecas de este “modelo económico”, por la orientación de esta etapa del desarrollo del capitalismo como sistema mundial.

No puede haber democracia ahí donde la lógica de maximizar la ganancia está generando pobreza y miseria para la mayoría de la población mundial; donde el desempleo es creciente, con su

caudal de excluidos, migrantes y marginados de las sociedades; donde la injusticia y la profunda desigualdad sociales se expresan en una cada vez mayor concentración de la riqueza especulativa; donde la mayoría de los países del orbe aumentan constantemente su dependencia del exterior; donde los gobernantes han adoptado una actitud sumisa, servil y humillante hacia el capital financiero.

No puede haber democracia ahí donde las decisiones importantes sobre el rumbo de cada país, se toman en la Organización Mundial del Comercio, en el Fondo Monetario Internacional, en el Banco Mundial. No puede haber democracia en un mundo en el que la globalización neoliberal ha abierto paso a un nuevo tipo de dominio y explotación, imponiendo sus reglas de fuerza y sometimiento, incluso por la vía militar.

Flores Olea inicia su libro exponiendo la concepción más común y extendida de democracia en la actualidad —diríamos que la concepción dominante—, según la cual por

democracia se entiende un régimen político en el que se realizan elecciones, hay división de poderes, y éstos están subordinados al Derecho. Esta democracia que se circunscribe a las reglas del procedimiento electoral, que se preocupa más por los aspectos técnicos formales que por el contenido sustantivo, es la democracia liberal que el autor no duda en afirmar, ha sido secuestrada (p. 19) por las élites económicas y políticas, olvidando y haciendo olvidar que en sus orígenes se trataba de un sistema "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo".

La democracia confiscada por la élite del poder —nos dice Flores Olea—, condiciona la voluntad ciudadana a través de los *mass media*, y lo que resulta peor es el hecho de que más allá de la competencia entre partidos políticos y candidatos, las "visiones" y programas de éstos, coincidan con los de las élites, y que los puntos de vista de los partidos, los candidatos y las élites sean idénticos en cuanto se llevan a la práctica desde el gobierno.

Quizás el flanco más débil de la democracia liberal es el relativo a la representación, y Víctor Flores Olea lo señala con gran claridad en toda su complejidad actual: "Tal vez el escándalo mayor de las democracias liberales se refiere a la absoluta libertad con que actúan sus representantes, sin ningún control ni límite que puedan imponerles los representados, ni rendición alguna de cuentas de aquéllos a éstos. La elección de un representante, en la práctica, significa plena libertad de acción (lo cual no sería grave ni disfuncional si existieran los mecanismos de control de una democracia efectiva), no obstante, el problema radica en que hay demasiados indicadores que confirman la penetración de los *lobbys* de interés manipulando esa libertad de criterio y acción, hasta el punto de que incluso en las democracias más 'acabadas' se denuncia la corrupción de los representantes, a través de sobornos y otras prácticas de cohecho y de asociación ilícita en negocios, hasta pervertirse gravemente los pro-

cesos de toma de decisión en las democracias liberales (sin hablar de los financiamientos más que dudosos de las campañas electorales: la complicidad o 'asociación ilícita' entre la política y los intereses económicos encarnan uno de los escándalos más serios en el seno de la democracia liberal contemporánea)" (p. 10).

Tarea medular de la ideología dominante ha sido hacer creer a la mayoría de la población que la democracia liberal así concebida no tiene alternativa. Una "democracia sin alternativas", advierte Flores Olea, significa, en el fondo, la negativa a reconocer la voluntad ciudadana como la instancia última de decisión política, y significa también que no se modificarán en un ápice los aparatos de la dominación actual. Flores Olea nos recuerda que los voceros de la democracia liberal siempre predicán que "se hace lo que se puede", resultando que sólo "se puede" eso que es funcional a los intereses de los poderes existentes, a los que se les defiende incondicionalmente.

Democracia sin alternativas, pensamiento único, y tesis del "fin de la historia" son las formas de ser y comportarse en el sistema político, económico, social y cultural del capitalismo de este tiempo, bajo el signo de la globalización neoliberal que, además, vincula mercado y democracia distorsionando a ésta (p. 73).

Sin negar ni olvidar los principios básicos que dieron origen a la democracia liberal, frente a la concepción puramente electoral, el autor del libro que reseñamos propone varios adjetivos y otro contenido. A lo largo de toda su obra encontramos una y otra vez los distintos términos que utiliza para referirse a esa alternativa: Democracia participativa (pp. 131, 192); democracia directa (pp. 103, 193), democracia radical (pp. 31, 37, 51, 131), sustantiva, igualitaria y plural (p. 38); democracia profunda (p. 194), plena e integral (pp. 43, 87); democracia cambiante, dinámica, colectiva (p. 58); democracia ampliada en profundidad y extensión (p. 193).

Para Flores Olea, las luchas democráticas hoy, encabezadas generalmente por nuevos movimientos sociales, con la participación de sectores obreros y de ciertos partidos políticos, tienden a rescatar en extensión y profundidad el significado genuino del principio democrático, y exigen que se trascienda la restricción electoral que se le ha impuesto por parte de la excluyente ideología liberal. Las nuevas luchas democráticas exigen la participación real de la sociedad en muy variadas tomas de decisión que afectan la vida pública, y en ocasiones también aspiran a la autogestión y autoadministración de los diversos procesos y organizaciones sociales, incluso de carácter productivo o de servicios. De esta manera —afirma el autor— “la democracia liberal se amplía, realiza y perfecciona en la democracia participativa”.

Y si bien no hay democracia real sin participación de la sociedad en las decisiones que afectan la vida pública, el proceso de democratización no puede terminar ahí. Las luchas por

la democracia en sentido amplio e integral necesariamente se inscriben en luchas anticapitalistas, por el socialismo democrático.

La crítica a las desigualdades políticas y jurídicas condujo de manera inevitable a la crítica de las desigualdades económicas, tal y como se aprecia en la obra de Marx. En nuestro tiempo, la batalla contra las desigualdades y la negación de la subordinación y la explotación, continúan orientando las luchas sociales más radicales, las propiamente democráticas.

En el análisis que realiza Flores Olea, las luchas por la transformación social son hoy luchas democráticas más amplias que las de la tradición liberal: se trata de batallas a favor de libertades que aluden a la autorrealización individual y social, con semejanza de oportunidades y en plena solidaridad, lo cual las vincula con el socialismo democrático, descubriéndose en su esencia una radical oposición al capitalismo salvaje que nos ha invadido bajo el disfraz del liberalismo democrático.

En el texto que comentamos, el autor afirma que hoy resulta difícil pensar que los cambios necesarios vendrán exclusivamente de una instancia política, sea un partido, una clase privilegiada o el Estado, pues la fuerza de la movilización social y de los organismos de la sociedad civil también está resultando decisiva. Los cambios que veremos en el futuro —escribe convencido Flores Olea—, se realizarán inevitablemente sobre el apoyo de los movimientos sociales, incluidas las organizaciones obreras, que rechazan la actual condición económica del mundo, y a la vez sobre el apoyo de los partidos políticos que comprendan efectivamente la situación y se sumen a las demandas sociales más generales.

De esta manera, y siguiendo la lógica del autor, la democracia radical y sustantiva que resulte de fuertes movimientos sociales ha de orientarse a lo que hoy parece imposible: que el conjunto de los logros científicos y tecnológicos de la humanidad, que los recursos históricos de la sociedad, asuman otra

función que la de maximizar las ganancias de las corporaciones. Contrariamente a lo que se hace en la actualidad, tal democracia deberá resolver los problemas de la pobreza extrema y satisfacer las necesidades de la educación, cultura, salud, abrigo y vivienda del mayor número de habitantes de cada nación y del planeta.

Para Víctor Flores Olea, la radicalización de la democracia supone, en suma, la redistribución del poder y el desmantelamiento de las instituciones que consagran la desigualdad, la explotación, el sexismo, la homofobia, el racismo. Pero en una época en que el poder transnacional se identifica con el capital financiero, las corporaciones y los centros de la economía globalizada, la democracia radical no puede limitarse a lo local y regional, sino que ha de tener un efecto y un alcance internacionales. Tal es la gran batalla política y social de estos tiempos, que es también una batalla cultural y moral.

Paulina Fernández Christlieb